

Antón Pineda, Alejandro

Las ciudades, especialmente las grandes urbes, acogen múltiples identidades culturales que interactúan y confluyen de diversas maneras, dependiendo de la historia, apertura y los esfuerzos de convivencia positiva, que se hayan realizado. De esta manera una persona, hoy en día, tiene múltiples opciones e influencias con las que construir su identidad social y cultural. Hoy en día una persona, puede ir los lunes a bailes regionales, los martes a inglés y los jueves a Kung Fu; los domingos hacer una paella con la familia. Lo global y lo local se interconecta, tejiendo redes cada vez más amplias y complejas. Lon Allison explica esta nueva tendencia en la composición del tejido social y cultural de las ciudades actuales de la siguiente manera: “Glocalization is a new term combining global and local. Simply put, it communicates that the nations and cities of the world are increasingly inhabited by peoples from many cultures, ethnicities, and races”.

La ciudad tiene, actualmente, una riqueza cultural inmensa, proveniente de la diversidad en la que confluyen expresiones locales, nacionales, internacionales y digitales. Aunque el globalismo haga difusas las líneas de lo propio, también permite acercar expresiones culturales distintas, que de otra manera no estarían en contacto. Ya no hace falta encajar en los estereotipos previos, porque llegan otras maneras de ser, con las que convivimos, validamos e incluso admiramos. La identidad cultural nacional queda disuelta, al igual que la local, en la composición pluricultural de las muchas identidades que componen el tejido social de una ciudad. Tenemos la suerte de libertad, para escoger como nutrir nuestra identidad cultural, entre la inmensa riqueza de posibilidades que ofrece la contemporaneidad.

Los diversos colectivos culturales que componen una ciudad toman su espacio expresivo de manera informal, formal, institucional o no. Los conocidos carnavales interculturales de los barrios de Ruzafa y Orriols, o la cabalgata de las reinas magas de Valencia; son perfectos exponentes de acciones comunitarias que intentan abarcar estas nuevas identidades más plurales e inclusivas. Abriendo puertas hacia nuevas construcciones identitarias. Este fenómeno nos lo explican las autoras Del Rosario Hernández, M., & Lozas, Y. A. (2019) ,desde una perspectiva feminista, pero que serviría igualmente para el ámbito social; las reivindicaciones, a través de intervenciones artísticas en el espacio público, facilitan una lucha colectiva que hace aún más fuerte la intencionalidad de dar a conocer y valorar el trabajo realizado por mujeres (o migrantes en este caso), contribuyendo a construir nuevas identidades sociales. La cultura es una puerta hacia la libertad, a cuantas más expresiones culturales estemos ligados más enriqueceremos nuestro ser y tendremos más oportunidades para descubrirnos y entendernos.

Cada lugar es único, y actualmente, cada lugar es único cada día. Las ciudades lejos de ser un organismo estático, cada vez más, están influenciadas por los grandes flujos migratorios y el background cultural que llevan consigo. La ciudad por tanto toma protagonismo, al distanciarse de una supuesta normatividad nacional, o una identidad estática que cuadre dentro de un mosaico estatal. Las ciudades recorren sus propios itinerarios resultantes de sus circunstancias. García (2002) hace una acertada reflexión sobre este proceso “Mientras

la sociedad de los lugares se convierte en la sociedad de los flujos, parece como si los lugares se hayan involucrado en una obra de construcción identitaria, que privilegia la dimensión local o ciudadana por encima de las nacionales, estatales y globales. La identidad es el viejo territorio del patrimonio y no es de extrañar que entre los objetivos reconocidos por la mayor parte de actuaciones patrimoniales que se realizan en estos ámbitos, figure la (re)construcción de las identidades locales”. Esta reflexión pone de manifiesto la importancia de la identidad cultural como elemento de cohesión social. Los gobiernos locales, al tratar con poblaciones diversas y distintas entre sí, van cobrando peso. Ante el contexto globalizador, los gobiernos locales tienen la tarea y el reto de conectar con una población cambiante, detectando sus necesidades, sensibilidades y deseos. Flexibilizarse y amoldarse. El papel de las políticas culturales, por tanto, debe ser el de generar espacios de encuentro que ayuden a redefinir una nueva identidad que recoja esta pluriculturalidad y que permita una convivencia basada en la confianza, el enriquecimiento y el crecimiento conjunto. Desde propuestas flexibles, creadas con el apoyo de los diferentes agentes y colectivos.

Del mismo modo, es importante la reflexión sobre el papel del urbanismo en las ciudades como facilitador de procesos de interacción entre las diversas expresiones culturales. Tristemente, las ciudades, junto al estilo de vida actual, dificulta en gran medida la interacción saludable entre sus habitantes. Las conglomeraciones, la falta de espacios verdes y comunes, la distancia al trabajo, la falta de tiempo, el monopolio de los vehículos motorizados frente a los espacios peatonales, los barrios marginales y ricos. Son todo barreras que rompen el tejido social y comunitario de una ciudad, generando un sentimiento de anonimato y desconexión. En esta línea el arquitecto Andrés Borthagaray nos hace reflexionar como el espacio urbano puede jugar un rol de espacio de encuentro y convivencia o como espacio de exclusión. “Se prioriza el transporte público de calidad vs el vehículo privado, ganar la calle para las personas vs la privatización del espacio público, promover el intercambio y la convivencia entre personas de distintos grupos socioeconómicos vs el confinamiento en barrios cerrados o marginales”. De todos estos elementos dependerá la salud del tejido comunitario, las políticas culturales tienen el poder y la responsabilidad de crear programas que acerquen a las personas, crear espacios inclusivos para compartir y debatir desde un diálogo intercultural, el futuro de nuestras comunidades.

Estos programas deben de ir enfocados a crear ambientes y contextos de confianza, respeto, interacción e intercambio. Para confiar en el otro/a, tenemos primero que conocerle. O como nos dice Gabriela Badillo “nadie puede amar lo que no conoce”. Como ya hemos expuesto, la interacción y el contacto, debe ser la tierra sobre la que gestamos la convivencia. Pero para que esta convivencia sea positiva debemos, debemos generar procesos de cercanía, entender quien soy yo y quien es el otro. Consideramos que el Arte como Narrativa, en el contexto urbano, puede ser un instrumento óptimo para este objetivo. El storytelling tiene la capacidad para que las personas puedan acercarse emocionalmente, confiar unas en las otras, conocerse y dejar de lado los prejuicios y el racismo. Permite construir una memoria colectiva pluricultural e inclusiva, en una comunidad cohesionada e integrada. Mediante historias de vida contadas a través de la narrativa de diferentes expresiones artísticas, favorecemos una memoria colectiva plural. El arte permite

encuentros de calidad y profundidad que integra por completo la personalidad humana. Cognitivo, Emocional, Comportamental. El Arte se Siente, se Piensa y se Crea. Asimismo Fernández, E. R. (2007) nos recuerda que, “la creación artística, conlleva procesos simbólicos más espontáneos que las palabras, favoreciendo tanto la expresión de sentimientos personales, con lo que conlleva una primera base de autoestima, como la lectura y reconocimiento en los procesos expresivos de los otros, lo que favorecerá intercambios sociales positivos” y el desarrollo de la empatía. Compartiendo y creando nuestras historias de vida contadas a través de la narrativa de diversas expresiones artísticas, construimos contextos sociales en los que podemos confiar. Desarrollando una identidad pluricultural e igualitaria que va a definir que creemos ser y que creemos que podemos llegar a ser dentro de nuestro contexto social.

El objetivo, por tanto, es y amabilizar el espacio urbano de una manera creativa, mostrando quienes son sus habitantes, sus historias; desde acciones atractivas y agradables que involucren a sus vecinos/as. En la consecución de la cultura, como un catalizador de las muchas expresiones culturales, potencialidades y sensibilidades, que se reúnen en un barrio cualquiera. Involucrando a los diferentes colectivos y agentes de una comunidad, en intervenciones artísticas, que faciliten procesos de cambio deseado en su entorno, un conocimiento más profundo de su realidad más cercana y promuevan el empoderamiento cívico. Bákula (2000), nos recuerda, que el patrimonio cultural de una sociedad está en continua construcción. “Es la sociedad la que a manera de agente activo, configura su patrimonio cultural al establecer e identificar aquellos elementos que desea valorar y que asume como propios. Dicha identidad implica, por lo tanto, que las personas o grupos de personas se reconocen históricamente en su propio entorno físico y social y es ese constante reconocimiento el que le da carácter activo a la identidad cultural” Por lo que, nosotros como comunidad somos los responsables de crear y construir un identidad cultural rica e inclusiva, que aporte vitalidad, alegría y solidaridad al barrio. Un motto apropiado para esta tarea sería: Juntos/as somos más.